

EN LA FE

FIRMES



La invitación a estar «arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe» (cf. Col 2,7) no es una invitación cualquiera sino el desafío de saber descubrir en cada momento de nuestra vida, aún en las dificultades, la presencia de Aquel que se entregó por amor.

Nos dice el Papa Benedicto XVI en el Mensaje que *«la carta de la cual está tomada esta invitación, fue escrita por san Pablo para responder a una necesidad concreta»* que estaba viviendo el pueblo.

«Aquella comunidad estaba amenazada por la influencia de ciertas tendencias culturales de la época, que la apartaba del Evangelio. Nuestro contexto cultural, queridos jóvenes, tiene numerosas analogías con el de los colosenses de entonces. En efecto, hay una fuerte corriente de pensamiento laicista que quiere apartar a Dios de la vida de las personas y la sociedad, planteando e intentando crear un «paraíso» sin Él».

Efectivamente, si miramos a nuestro alrededor, pareciera que todo nos «tira para atrás», que no es verdad que Dios está presente y acompaña nuestro caminar en la vida, que Dios es una verdad abstracta que sólo algunos «locos» defienden, que lo único verdadero es lo que se nos presenta desde afuera: sufrimiento, dolor, muerte, cansancio, apatía, sinsentido... Podríamos incluso creer que todo esto es así.

Sin embargo, hay un hecho que llena de sentido la historia y la transforma desde adentro: la pasión, muerte y resurrección de Jesús. En Él es en quien tenemos puesta nuestra fe y por Él podemos mirar la realidad con ojos nuevos, con la confianza de que Dios se manifiesta y obra aún cuando todo parece perdido.

- ¿Qué cosas o situaciones siento que me apartan del Señor?
- ¿En qué momentos siento que el Señor no está presente en mi vida? ¿Es realmente así? ¿Cómo me doy cuenta?
- ¿Cuáles son las cosas que me «tiran para atrás»?

La fuerza de la cruz

Frente a esta realidad que nos rodea y que por momentos pareciera avasallarnos, el Papa nos invita a tener puesta nuestra mirada en una verdad que ilumina y le da sentido a todo. *«Cristo muerto y resucitado. Este misterio es el fundamento de nuestra vida, el centro de la fe cristiana. Todas las filosofías que lo ignoran, considerándolo “necedad” (1 Co 1,23), muestran sus límites ante las grandes preguntas presentes en el corazón del hombre. (...) Creemos firmemente que Jesucristo se entregó en la Cruz para ofrecernos su amor; en su pasión, soportó nuestros sufrimientos, cargó con nuestros pecados, nos consiguió el perdón y nos reconcilió con Dios Padre, abriéndonos el camino de la vida eterna».*

En este misterio de un Dios que muere en la cruz podemos encontrar también la respuesta a nuestros propios sufrimientos. La cruz no es signo de muerte, de derrota, de triunfo del mal. Todo lo contrario. Jesús en la cruz nos muestra que su amor por cada uno de nosotros es más fuerte que todo mal. De esta certeza brota nuestra fe; fe en un Dios que no abandona a sus hijos sino que transforma toda muerte en resurrección y vida nueva.

Sin embargo, nos dice el Papa, no siempre es fácil afrontar nuestras propias cruces. *«Queridos amigos, la cruz a menudo nos da miedo, porque parece ser la negación de la vida. En realidad, es lo contrario. Es el “sí” de Dios al hombre, la expresión máxima de su amor y la fuente de donde mana la vida eterna. De hecho, del corazón de Jesús abierto en la cruz ha brotado la vida divina, siempre disponible para quien acepta mirar al Crucificado. Por eso, quiero invitarlos a acoger la cruz de Jesús, signo del amor de Dios, como fuente de vida nueva. Sin Cristo, muerto y resucitado, no hay salvación. Sólo Él puede liberar al mundo del mal y hacer crecer el Reino de la justicia, la paz y el amor al que todos aspiramos».*

- ¿Cuáles son las cruces, situaciones de dolor o sufrimiento que me toca vivir hoy?
- ¿Puedo descubrir en ellas la presencia del Señor? ¿De qué manera?
- ¿Hay personas que me ayudan a enfrentar con fe las dificultades? ¿Quiénes?

Reencontrarnos con el Resucitado

«Tomás, uno de los doce apóstoles, siguió a Jesús, fue testigo directo de sus curaciones y milagros, escuchó sus palabras, vivió el desconcierto ante su muerte. En la tarde de Pascua, el Señor se aparece a los discípulos, pero Tomás no está presente, y cuando le cuentan que Jesús está vivo y se les ha aparecido, dice: “Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo” (Jn 20,25)». Ninguno de nosotros está exento de convertirse en Tomás. De hecho, pienso que la tentación más grande que se nos puede presentar es justamente ésta: frente a la prueba de la cruz, a la desilusión que sobreviene a los fracasos, cuando se cae algo

por lo que hemos luchado con todas nuestras fuerzas... corremos el riesgo de olvidar todas las promesas hechas por Jesús, de creer que la historia termina con la cruz, cuando en verdad la historia «comienza» con la resurrección. Es en estos momentos donde tenemos la posibilidad de volver a encontrarnos con Jesús. Y, ¿cómo se dará este encuentro? ¿Dónde?

«Jesús mismo, apareciéndose nuevamente a los discípulos después de ocho días, dice a Tomás: “Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino creyente” (Jn 20,27). También para nosotros es posible tener un contacto sensible con Jesús, meter, por así decir, la mano en las señales de su Pasión, las señales de su amor. Queridos jóvenes, aprendan a “ver”, a “encontrar” a Jesús en la Eucaristía, donde está presente y cercano hasta entregarse como alimento para nuestro camino; en el Sacramento de la Reconcilia



ción, donde el Señor manifiesta su misericordia ofreciéndonos siempre su perdón. Reconozcan y sirvan a Jesús también en los pobres y enfermos. (...) Entablen y cultiven un diálogo personal con Jesucristo, en la fe. Conózcanlo mediante la lectura de los Evangelios; hablen con Él en la oración, confíen en Él. (...) Así podrán adquirir una fe madura, sólida, que no se funda únicamente en un sentimiento religioso o en un vago recuerdo del catecismo de la infancia. Podrán conocer a Dios y vivir auténticamente de Él, como el apóstol Tomás, cuando profesó abiertamente su fe en Jesús: «¡Señor mío y Dios mío!».

Que sea éste nuestro desafío de aquí en más; que como Tomás también nosotros podamos reencontrarnos con Jesús todas las veces que sean necesarias, descubriendo en Él no sólo los signos de la pasión sino también la «huella» de la resurrección que nos invita a comenzar una vida nueva.○

Mensaje completo www.vatican.va

